

E X O E D O O

E X O D O

# Otra europa ¿Es posible?

*Punto de mira*

Democratizar la construcción de Europa

*Entrevista*

José Vidal Beneyto

*A fondo*

Una ética para Europa  
¿Más Europa?

¿La Europa de los derechos sociales o de la Carta Social Europea?

El macroecumenismo en la construcción de la nueva Europa

*En la brecha*

Presencia de las comunidades cristianas populares en Europa  
Hacia una nueva ciudadanía Europea

*Actualidad*

Mercado y seguridad: la pareja diabólica

*Libros*

Mujer, inmigración y trabajo

## JOSÉ VIDAL BENEYTO

ES CATEDRÁTICO DE SOCIOLOGÍA. FUNDADOR DE CEISA, LA PRIMERA ESCUELA LIBRE DE SOCIOLOGÍA CREADA DURANTE EL FRANQUISMO, QUE FUE CLAUSURADA POR ORDEN GUBERNAMENTAL. ACTUALMENTE ES CONSEJERO DE LA UNESCO EN PARÍS, PRESIDENTE DEL CONSEJO MEDITERRÁNEO DE LA CULTURA Y PRESIDENTE DE HONOR DE LA UNIÓN DE FEDERALISTAS EUROPEOS. ES AUTOR DE VARIAS PUBLICACIONES Y COLABORA ASIDUAMENTE COMO ANALISTA POLÍTICO EN DIFERENTES MEDIOS PERIODÍSTICOS.

*Evaristo Villar y Juan José Sánchez*

**Desde tu ángulo privilegiado de observador y crítico de la realidad actual, ¿cómo ves la Europa que estamos construyendo?**

La Europa que estamos construyendo está absolutamente dominada por el paradigma liberal. Tenemos una Europa institucional que es, ciertamente, mucho más liberal que la mayor parte de los Estados que la componen, e incluso que los gobiernos que la integran. Es una opción política con la que yo no coincido, pero que es legítima. Al lado del liberalismo no-democrático



hay, y es justo reconocerlo, otro que sí lo es.

**Un paradigma liberal**  
—dices— **que debemos entender cómo: ¿como una etapa no prevista en el proceso de construcción europea, o bien como inspiración ya originaria?**

En el decurso histórico de una entidad política hay diversos momentos y fases diversas. Cuando nosotros —hablo de los españoles— entramos en la Comunidad Europea, en la segunda mitad del siglo xx, nos encontramos ya con un modelo dominante. Un modelo que viene de la Europa del Norte y de la Europa del Centro. Se puede advertir en él, como predominantes, estas dos tendencias: la socialcristiana y la socialdemócrata. Esta doble tendencia se puede descubrir en todos los ámbitos, pero es más visible, sin duda, en la economía social de mercado. Se trata de un producto esencialmente alemán y que, más que por la socialdemocracia, está dominado por la opción socialcristiana.

Para entendernos tenemos que situarnos en las postrimerías de los años 50. Ludwig Erhard, que fue ministro de Economía de Adenauer (aunque éste no estaba cien por cien identificado con él), va explicitando un modelo de sociedad que, sin ser plenamente original, va calando



## La necesidad de defensa nos empuja hacia la asociación y el emparejamiento con EE.UU. y, en definitiva, con todo el bloque occidental

profundamente en el pueblo alemán. Un modelo que recibe los benéficos influjos de la socialdemocracia nórdica. Así se va configurando un paradigma social que tiene dos vertientes: una económica, que es la economía social de mercado, y otra política, que es el Estado social de derecho. Pues bien, estas dos vertientes van a ser los dos grandes pilares sobre los que comenzamos a construir Europa y que permanecerán, con ligeros retoques, hasta los años 70. A partir de aquí, comienza ya el desmontaje.

**Desmontaje, ¿por qué motivos? ¿Qué razones hacen inviable el modelo originario?**

Indudablemente se trata de razones de geoestrategia mundial. A pesar de la fuerte oposición de De Gaulle en los años 60, la geoestrategia (la necesidad de defensa común frente a la Unión Soviética) nos empuja no sólo al entendimiento, sino a la asociación con EE.UU. No olvidemos que, aunque el lanzamiento de la construcción europea no tiene como razón exclusiva el crear una barrera

defensiva frente a la afirmación soviética, tampoco este motivo es ajeno a dicha construcción. La necesidad de defensa nos empuja hacia la asociación y el emparejamiento con EE.UU. y, en definitiva, con todo el bloque occidental.

Pero hay que reconocer que, mientras funcionó en Europa su modelo social originario, ésta tuvo muchos rasgos de diferenciación con EE.UU., cuyo modelo de sociedad es típicamente individualista y competitivo. Modelos, pues, inconfundibles e incompatibles en muchos aspectos, pero, en última instancia, compatibles desde el momento en que ambos son vertebrados por la democracia.

**¿No estaremos pagando un alto precio por esta asociación con EE.UU.?**

El precio ciertamente no es pequeño. Pero no podemos olvidar que estamos en un proceso de construcción sustantivo, en el que tanto Europa, en su conjunto, como cada uno de sus Estados miembros, en particular, van definiendo su

posición con respecto a los EE.UU. en función de sus intereses. Por este camino pronto emergen diferentes bloques que complican mucho la construcción europea. Por una parte, el bloque francés, que, sin ser antiamericano, manifiesta una voluntad decidida de diferenciación, y por otra, el bloque del Reino Unido y el Benelux, que tienen una filiación geopolítica muy clara y que, desde el primer momento, se alinean sistemáticamente con las posiciones de los EE.UU.

Lo cual tiene muchísimas consecuencias, tanto a nivel simbólico (la defensa sistemática de las posiciones norteamericanas) como a nivel práctico, es decir, en la política



## Por este camino pronto emergen diferentes bloques que complican mucho la construcción europea

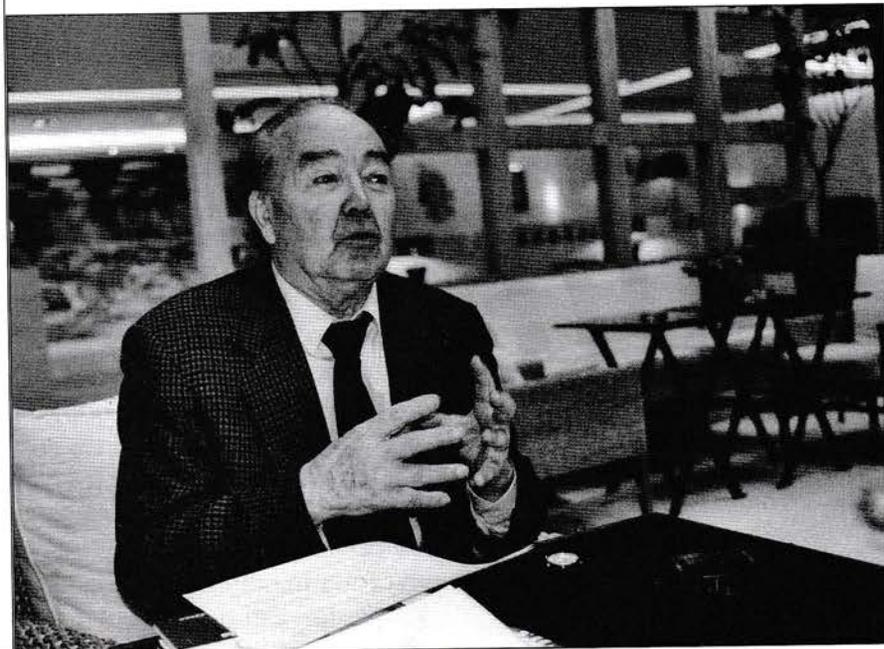
de defensa y de seguridad exterior, donde la reticencia a autonomizarse es permanente.

### **Y este abandono de la política defensiva tiene sus consecuencias...**

Claro, esto tiene una traducción en la estructura defensiva por excelencia, que es la OTAN. Ya previamente, desde los primeros momentos de la Unión Europea Occidental, se

manifiesta que los países europeos dominantes no quieren hacer nada autónomo en el mundo de la defensa, independiente de los EE.UU. Lo que se pretende, sobre todo, es la seguridad de Europa frente a la amenaza soviética. Lo que se busca, en definitiva, no es la autonomía defensiva, sino la protección del escudo que representa la OTAN.

En España esto ha tenido consecuencias muy claras. Recordemos las presiones del bloque occidental (excepto Francia) para que entráramos en la OTAN. Presiones que, vistas desde fuera, eran ciertamente irresistibles. Parecidas a las que el presidente Nixon había ejercido antes sobre Franco para el mantenimiento de las bases americanas en nuestro territorio. Consecuentemente, los que pensaban que durante la Transición podía surgir en España una involución hacia formas de autocratismo no





estaban en la realidad. Eso ya no interesaba a nadie, no interesaba sobre todo a EE.UU.

**En estas condiciones, ¿qué representa Europa hoy en el concierto/(des)concierto, en el nuevo orden/(des)orden mundial?**

Es muy importante, a este respecto, distinguir entre el análisis de la realidad y el análisis de las distintas opciones. En el análisis de la realidad el margen de autonomía de Europa es modesto. Porque, mientras no haya una voluntad de política común efectiva, los Estados jugarán bilateralmente con los EE.UU. Y ahí todos son perdedores.

Y luego, estamos viendo en estos últimos 20 años de oligopolización que Europa se defiende mal en la guerra económica mundial. ¿Hay grandes esperanzas para que esto cambie? No las hay. Pero, así como en el ámbito de la política exterior prácticamente no se ve ninguna en un plazo medio (en unos 15 años), en la política económica todavía nos quedan algunas. No cabe excluir que en este proceso de concentración empresarial y de oligopolización mundial pueda resistir Europa con dignidad.

**Se habla de la potencia económica y cultural de Europa y, a la vez, de su fragilidad política. ¿No está el poder del capital oscureciendo el poder político de los Estados?**

Hay aquí un tema que nunca se aborda en profundidad en las opciones progresistas. Es el rechazo que éstas tienen del poder económico y cultural de Europa. En esto disiento con muchos de mis amigos. Pienso que dentro de lo cultural está lo simbólico, o dicho de otra manera, que la dimensión simbólica de lo cultural es esencial y que lo simbólico es un movilizador social y político fundamental. Por lo tanto, si queremos tener una Europa autónoma, es capital que reivindicemos la dimensión cultural de la misma.

Estuve seis años como consejero especial en la UE con Marcelino Oreja (con quien, como es evidente, no tengo una coincidencia total de mis opciones ideológicas y políticas, pero con el que colaboré con absoluta lealtad porque nunca me pidió ir más allá de lo que eran mis propias opciones). Entonces se dio una batalla importante y se perdió. Se trataba de que en Alemania había un intento de fusión de tres grupos financiero-culturales importantes, el Deuche telekon, el Besterman y el Leo Kirch. Entre los tres representaban un

gigante que podía llegar al 90 % de los recursos en el mundo de la comunicación. Un dominio casi absoluto. Pero el Comisario de la Competencia, que entonces era Karel van Mier, se opuso y ganó porque, según la mentalidad reinante, supondría un monopolio del mercado. Oreja defendía la posición contraria. Había que autorizar la fusión desde el punto de vista de la identidad cultural europea. Si esto no se hacía, acabaría comprándolos Murdoch. Y, de hecho, la historia le está dando la razón.

Yo compartía la posición de Oreja. Y lo que interesa, pensábamos entonces, es que cada país europeo mantuviera el núcleo duro de su propia identidad. Porque la identidad cultural europea no es nada más que el conjunto de las identidades culturales de cada uno de los países que la integran. Y la identidad cultural europea es absolutamente capital para poder existir como potencia económica, política y aun militar en relación con las otras potencias.

**Decía un gran pensador europeo, Max Horkheimer, que Europa se hundirá a causa de la injusticia, por valorar más al capital que al individuo, como era su utopía. ¿Qué Europa se está construyendo en verdad: la del capital o la**

### Europa humanista.

La identidad cultural europea arranca de la afirmación de su diversidad. Hoy es éste también un constitutivo de la realidad mundial. Sin el reconocimiento de su diversidad, hoy el mundo no es concebible. Pero en el mundo actual existe un enfrentamiento extraordinario entre la globalización y la diversidad. En el campo económico ya casi hemos perdido la batalla: todos tenemos los mismos productos y casi las mismas pautas de consumo. Aunque no podemos despreciar el pequeño margen de personalización y contextualización que aún tenemos en el uso de los bienes económicos. Pues bien, gracias a esa personalización

no se ha perdido del todo la batalla de la globalización.

Si esto sucediera en el mundo de la cultura, eso sería un desastre, una verdadera hecatombe. Por eso hay que defender la diversidad. Pero la diversidad sólo tiene sentido en contextos concretos y en la medida en que los componentes diversos tienen elementos comunes. Ésos son los que hacen inteligible la diversidad. De aquí que sea tan importante insistir en que la cultura europea es el conjunto de sus culturas nacionales, regionales y locales, más los elementos que todas ellas tienen en común.

### ¿Y cuáles son esos elementos comunes?

Son numerosísimos. Unos son más abstractos: nuestro concepto del sujeto, del individuo, de la persona humana (el término persona es intraducible en la mayor parte de las lenguas no europeas), el concepto de trascendencia, el del honor, el de la dignidad, todo el universo simbólico categorial. Otros se materializan en la gran cultura: en las artes y letras, en la arquitectura (el románico, gótico, barroco, etc., y te puedes pasear por cualquier lugar de Europa y te das cuenta de que su barroco es distinto en cada lugar siendo el mismo), etc. Por ejemplo, si comparas el barroco europeo con el hindú, de un barroquismo extraordinario, constatarás sus enormes diferencias.

### Volvamos a la política exterior europea...

Sí, me interesa incidir en este asunto para poder entender mejor lo que está pasando en la UE. La presencia de lo económico es, ciertamente, avasalladora en el mundo y también en Europa. En la medida en que la Europa institucional no acaba de ser política, no es más que económica. Hoy tenemos una moneda común, pero todavía no tenemos una política exterior común. Lo económico reduce al individuo a su dimensión de productor y de consumidor. Y, sobre todo, de consumidor,





porque los productores son hoy las empresas. Ahí están las empresas como productoras y los individuos como consumidores. Hoy la economía es más de oferta que de demanda.

Por otra parte, es necesario tener en cuenta lo que está sucediendo con las identidades. Lo que ha pasado en Francia ha sido un accidente. No es que el Sr. Le Pen haya pegado de pronto un estallido. Él ha continuado la progresión de una afirmación de extrema derecha en Francia y la ha capitalizado, nada más. Pero esta vez ha estallado porque el Sr. Jospin ha desaparecido. Es un accidente que debemos, en buena medida, a los medios de comunicación y a su utilización de los sondeos. Estos crearon la conciencia de la extrema inseguridad. Es decir, que en Francia la inseguridad iba a acabar arruinándolo todo. El primer objetivo, pues, es la lucha contra la inseguridad. Los telediaros están llenos de atracos, etc. Eso empuja a Jospin a entrar en los temas de seguridad como objeto principal. Y, por este camino, cada vez se diferencia menos de Chirac y se aleja de los grandes problemas de construcción europea y de su política exterior. Además, Jospin, se olvidó de su propio proyecto socialista. Y la parte socialista de su partido quiso darle ahora una lección no



## La extrema derecha hoy en el mundo está mucho más cerca del liberalismo que del fascismo. Para ella el gran protagonista es, como para los liberales, la empresa, no el individuo

votando por él o quedándose en casa. Y hoy sabemos que el 48 % de los socialistas no votaron a Jospin.

**¿Se confirman, entonces, las palabras de Horkheimer «un fantasma vuelve a recorrer Europa»? ¿Está volviendo el fascismo? La derecha acusa a la izquierda de esta amenaza por su miedo a salir de su esquema de «política correcta». Pero, ¿dónde está el fallo?**

Lo importante a retener ahora es que hoy, y no puede ser de otra manera, la extrema derecha tiene una extraordinaria expansión por toda Europa. Pero no me parece legítimo llamar a esa extrema derecha fascismo. Porque la extrema derecha hoy en el mundo está mucho más cerca del liberalismo que del fascismo. Para ella el gran protagonista es, como para los liberales, la empresa, no el individuo. Hasta tal punto, que el primer credo de la extrema derecha en todas partes es el

«antifiscalismo». Es decir, acabemos con los impuestos. Ésta es su primera bandera de enganche con los liberales, y la segunda es el desmontaje de la estructura de seguridad social que tiene el trabajador y el empleado, sustituyéndola por la intervención privada. Por eso hay hoy una línea de continuidad entre el liberalismo y la extrema derecha.

Por otra parte, se advierte en todas partes una extrema derechización de la sociedad y de la política. En Austria, por ejemplo, desde que los partidarios del Sr. Haider están en el gobierno, se ha procedido, sistemáticamente, al desmontaje de la estructura de la seguridad social. Y esto no tiene nada que ver con el fascismo. Franco, siendo fascista, montó aquí un sistema de seguridad social importante. Lo mismo hicieron Hitler y Mussolini. Luego todo esto no es fascismo, sino extrema derecha. Y esto es muchísimo más peligroso porque aparece más encubierto.



**Si el terrorismo se está imponiendo como el miedo que hay que tener, oficialmente hablando, lo cierto es que la sociedad europea no acaba de digerir la presencia del emigrante. ¿Por qué?**

Por la gran sensación de inseguridad. La inseguridad, el miedo es lo propio de estos inicios del siglo XXI. Todos tenemos miedo a todo. No sabemos lo que nos va a pasar. La gente tiene un trabajo precario, a lo mejor me lo quitan. Y tiene otra preocupación. Y cuando llegue al retiro, ¿me llegará para vivir? ¿Me lo van a pagar?

¿Cómo asegurarnos frente al miedo? ¿Quién nos da seguridad? De aquí que haya una gran tendencia a la afirmación grupal como no la ha habido nunca. Porque buscamos incrustarnos en nichos que nos protejan. Y el nicho más obvio que nos protege es lo nacional. Son los colectivos nacionales los que nos sirven de refugio frente a todo este miedo.

Y, encima, lo poco que tenemos nos lo vienen a quitar otros que son de fuera. Los inmigrantes que, por definición (y en esto no se insiste suficientemente), son los no integrados en una comunidad. Entonces, el no integrado se

convierte en marginal. Y el marginal es el que indudablemente tiende a comportamientos y conductas marginales. El caso extremo lo aporta el ilegal: probablemente no tiene trabajo y siempre va a necesitar comer. ¿Qué va a hacer? Pues robar, porque si no, ¿cómo subsistir?

**Y ante esta avalancha que produce miedo, ¿cómo está actuando Europa? ¿Cómo programar una política europea de inmigración a la altura de su patrimonio humanístico y cultural?**

La inmigración es, hoy por hoy, un problema de casi imposible

solución. Se intenta frenar una avalancha que ya está en febril movimiento. Los flujos de población se están desplazando porque, además de existir mayor facilidad para el desplazamiento, existe, sobre todo, la conciencia de dos mundos: el mundo desarrollado (el paraíso) y el mundo en desarrollo. En el primero, se trabaja y se vive bien, y en el segundo, no hay trabajo y se vive mucho peor. Además, como ya hemos desprestigiado tanto los modos de vida autóctonos (y volvemos a la importancia de la identidad cultural), mi modo de vida, que es inferior (según las pautas que nos impone la televisión y la cultura dominante), aspira a otro modo más pleno y gratificante.

Volvamos a Europa, a la inmigración que viene del Sur, del Mediterráneo. Las cifras que maneja la Comisión Europea nos revelan que, en los próximos 15 años, habrá una población de 45 millones de personas que necesitarán emigrar desde el Sur del Mediterráneo hacia el Norte ¿Y qué podemos hacer? Lo que hay que hacer es determinar bien el problema y luego proponer alguna respuesta. Lo que no podemos es quedarnos con los brazos cruzados o hacer

un cordón militar-policial como única solución. Pero es que, además, tenemos necesidad de esa mano de obra.

Pero, siendo realistas, esto no se puede resolver aisladamente, a nivel de meros países, porque ahora los países europeos, aisladamente, no son libres para resolverlo. Los que están en Chengen no tienen capacidad institucional. No es buena la solución de abrir las puertas a todo el mundo. Esto significaría la ruptura de todos los órdenes sociales y fascistizar, en plazo brevísimo, toda Europa. Tampoco es solución el cerrar herméticamente las fronteras. Lo que sí necesita Europa es establecer un plan serio de emigración, no a 15 años (que a 15 años no es soluble), sino a 30. Y revisar cada año la capacidad de asunción que tiene la UE con el resto del mundo.

Todo esto necesita dotación económica, porque la solución está en crear empleo en esos países de emigración y aceptar un porcentaje importante. En los próximos 15 años Europa debería recibir de 25 a 30 millones de personas. Y España, unos cuatro millones. Esto puede ser perfectamente asimilable por Europa.

**Qué papel está jugando Europa en el conflicto judeo-palestino? ¿Es suficiente, adecuado?**

Europa está pagando todo por ser una potencia económica, y está influyendo poquísimo porque no es una potencia política ni militar. Es monstruoso que Europa haya aceptado las decisiones de Sharon, teniendo en cuenta que tiene con Israel un Acuerdo que prevé, en el artículo 2, el respeto de los Derechos Humanos. El no respeto de los Derechos Humanos es condición suficiente para denunciar el Acuerdo. ¿Por qué no lo ha denunciado? Porque no hay una voluntad de política exterior conjunta (Alemania, los Países Bajos, Bélgica, Reino Unido se opondrían). Con la excepción de Francia, prácticamente el resto de Europa se opone a denunciar el Acuerdo: unos, por razones nacionales (Alemania), y otros, por alineamiento con la política de los EE.UU. Y EE.UU. está incondicionalmente alineado con Sharon.

**Por último, ¿crees que el cristianismo podría aportar hoy un impulso y un talante humanista a la construcción europea? ¿Lo hace realmente o las iglesias piensan más en sí mismas que en una humanidad común?**

Los diferentes Papas que hemos tenido en estos últimos 30 años han sido, geopolíticamente hablando, progresistas. Pero no podemos decir lo mismo a nivel moral. ¿Por qué la pérdida de la presencia cristiana hoy en el mundo? Yo creo esencialmente que por dos razones. Primera, porque el cristianismo, como práctica social, no ha sido capaz de inventar estructuras de valores, ni pautas de comportamiento de acuerdo con la modernidad última. Es decir, lo más característico de ese desasistimiento de los individuos y de las personas a quienes me he referido antes, es que intervienen en una sociedad sin valores. La característica más extraordinaria de nuestra sociedad es la que yo llamo dominante anaxiológica. Que tiene su expresión en la posmodernidad. La ideología de la modernidad tardía es aquella en la que el único valor es el de la libertad, entendida como permisividad. Es decir, todo lo que yo pueda hacer me está permitido sin ningún límite. Y esto tiene una traducción, la «aloclastia», es decir, la destrucción del otro. En concreto, ese mensaje que tiene el cristianismo de consideración del otro, de solidaridad, y que en su forma más eminente



(teológicamente hablando), está ya simbolizado en la comunión de los santos, necesita, luego, ser traducido en comportamientos y pautas concretas (teología moral). Y todo eso tiene una lectura en el siglo XXI que no es ni la de 1930 ni la de 1950. Y aquí el cristianismo se ha movido muy torpemente.

A mi juicio, se han reiterado los principios pero no han llegado a la sociedad contemporánea. La Teología de la Liberación, el más encomiable intento que se ha dado en este sentido, corresponde, más bien, a sociedades de desarrollo inicial y no a sociedades de desarrollo intermedio, que son las que hoy dominan. Una lectura transformadora de la realidad desde el cristianismo

correspondiente a los países de desarrollo intermedio, en puntos como en la reivindicación de otro tipo de consumo, de otra justicia mundial, etc., no se ha dado entre nosotros. Y esto se echa de menos. Partiendo, pues, de los datos que tenemos hoy, el cristianismo está llamado a hacer aquí una lectura teológica y ética, no ya de la globalidad, sino del mercado, cosa que no se ha hecho todavía. Hay toda una serie de campos, prácticamente inexplorados, en los que, desde el mejor cristianismo, hay un componente ético y de solidaridad admirable que debería tener su pronta traducción en algún modelo de comportamiento cristiano del siglo XXI.